



Lagunero, un millonario en 'letras' muy rojas

El empresario vallisoletano y mecenas del PCE publica sus memorias

ANGEL VIVAS / Madrid
 Cuando, en febrero de 1976, Santiago Carrillo, entonces secretario general de un partido comunista clandestino, cruzó la frontera española iba cubierto (protegido) por una peluca que se haría legendaria; pero también y sobre todo iba cubierto (protegido) por su amigo Teodulfo Lagunero, una suerte de Engels vallisoletano que acaba de romper un largo silencio publicando unas jugosas *Memorias* (Umbriel-Tabla rasa).

En las primeras páginas del libro, Lagunero cuenta una anécdota que parece una metáfora de su vida. Iba con su padre por el Madrid de la guerra y se encontró una caja de zapatos con dinero; el padre le obligó a entregarlo al Gobierno para la defensa de la República. En cierto modo, la mayor parte de la vida de Lagunero ha sido eso: encontrarse (es un decir) dinero, mucho dinero, y entregarlo para la causa.

«El dinero sirve para muchas cosas, menos para atesorarlo», dice el autor del libro

Pero entre aquel momento y los primeros millones, se perdió la guerra; el padre, profesor de instituto fue encarcelado y represaliado sin poder ejercer, Teodulfo y su hermano (Enrique, el primer propietario de la librería Rafael Alberti; ya se lo dijo el siniestro comisario Yagüe años más tarde: «Menu-da familia») pasaron también meses en la cárcel. Hasta que Teodulfo, aunque no había visto la pe-

licula ni sabía quien era Escarlata O'Hara, se dijo que ni él ni su familia volverían a pasar hambre.

«Ni hambre ni frío, porque también pasamos un frío terrible en Valladolid; yo tengo reuma desde los diecisiete días que pasé en la comisaría», dice ahora un Teodulfo Lagunero, octogenario, vehemente, locuaz, y tan generoso y comunista como ha sido siempre. Acaba de estar en el último congreso del partido y viene contento con la personalidad de Centella, el nuevo secretario general, y con el planteamiento de «abrirse a la calle y establecer una colaboración leal con Izquierda Unida sin pretender que ésta sea una pantalla del partido, sino una agrupación de gente de izquierdas, no necesariamente comunista».

Tantos años y tantas batallas después, Teodulfo Lagunero sigue en la brecha. A su modo, lo ha estado siempre; aunque después de la caída y los meses de cárcel del 46, se considerara quemado y se apartara un tiempo de la primera línea. Se hizo la misma promesa que la pesada de Escarlata y descubrió que tenía madera de empresario. Lagunero se ajusta como un guante a esa definición, según la cual empresario es aquél que, mientras los demás se quejan de no encontrar un restaurante en una zona, él está pensando en cómo abrir uno.

De hecho, le gusta hacer una broma que habla por sí sola. Llega a casa de unos amigos y advierte que se va a ir pronto. «Pero Teodulfo», le dicen los anfitriones, «hemos preparado unas cosas para merendar». «Bueno, si no me da tiempo a comérmelo, me dais el dinero». Total, que el joven Lagunero se metió en infinidad de negocios y todos le salieron bien. Y



Santiago Carrillo, con peluca, y Teodulfo Lagunero en 1976. / EL MUNDO

como la billetera no ahogó el latido de su corazón rojo, se dedicó a entregar una buena parte de ese dinero al partido comunista.

«El dinero sirve para muchas cosas, menos para atesorarlo. Vale para llegar a fin de mes o para comprarte cosas; pero, a partir de cierta cantidad ¿qué diferencia hay entre 500 millones o mil o diez mil? Ni siquiera puedes contemplarlo como contemplan un cuadro, son sólo nu-

meros en una cartilla. Yo hice el dinero pensando en mí, pero cuando tengo mucho, retomo mi contacto con el partido y pongo todo lo que tengo, todo, a su servicio».

De modo que la nomenclatura española y parte de la internacional, además de amigos escritores (de Neruda a Antonio Gala), desfiló durante años por su chalet de Cannes que debía de ser digno de verse. Igual que es digno de oír de

Patriota, 'chavista' y sentimental

En el prólogo de estas memorias, Almudena Grandes define a Teodulfo Lagunero como un patriota. «¿Por qué no?», se pregunta Lagunero. «Yo quiero a España como el que más, y todo lo que he hecho ha sido por el bien de mi patria, no me avergüenza el término. Ahora, supongo que el concepto de patria que pueda tener Tejero y el mío, no pueden ser más distintos. La izquierda es la que quiere a España; la derecha, aunque se llene la boca con su nombre, a la hora de la verdad la vende, como dijo Machado». Más allá de la patria, Lagunero piensa en «el género humano». Y cree firmemente que sí hay alternativa al comunismo, que Chávez y Evo Morales están definiendo el socialismo del siglo XXI. «Chávez está haciendo con el petróleo de Venezuela lo mismo que hizo el gobierno de Noruega con el suyo, ponerlo al servicio del pueblo. ¿Por qué lo que en Noruega parece bien, en Venezuela parece mal?».

su boca cómo llevaban a Dolores a cenar (si alguien no sabe de quien se habla, que no siga leyendo), y ésta, vestida, como toda la vida, de sí misma, se escandalizaba de los trajes femeninos que veía y le preocupaba el frío que pudieran pasar las rutilantes señoras que los llevaban (hay que entenderla, ella venía de Moscú).

La memoria de Lagunero está llena de esas sabrosas anécdotas.